Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

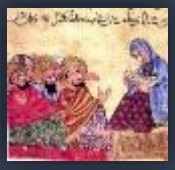
5 – Ojo por ojo

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"



III – Los Bajos Fondos del Cairo

5 – Ojo por ojo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 11
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

5 – Ojo por ojo

Aquel tejemaneje duró siete días. Todas las mañanas Baïbars montaba en su caballo y se dirigía hacia el palacio del gobierno. Otmân le acompañaba hasta la puerta del Consejo; luego regresaba a casa, se encaramaba en su mula y volvía al Consejo para ponerse a trabajar. Ninguno de los demandantes podía acercarse a Baïbars por temor a Otmân. Al séptimo día, Otmân seguía allí, cumpliendo con "sus funciones", con sus truhanes alineados a ambos lados de su asiento. Le llegaban quejas y demandas y él respondía a su manera. De pronto, vio pasar a un hombre que llevaba un parche en un ojo. Era un ladrón que Otmân conocía muy bien de sus tiempos de juventud y desmadre.

- Traedme aquí a ese compadre –dijo.

Cuando llegó delante de Otmân estuvo a punto de morirse del susto.

- Señor ¿qué quieres?

- ¿Tú no serás por casualidad 'Ali "el trinca tó", de Bâb El-Sha'ariyyeh?

- Sí, ese soy yo. 'Ali "el trinca tó" pa servirte.

- ¿Y tú sigues con lo de siempre?

- Ah, no, flor de Truhanes; eso s'acabó; ahora yo mearrepentío y soy un tipo honrao.

- ¡Anda y que te den, maricón; que bien conozco yo a tu padre, el Hâŷ Qatlab; a tu agüelo, Abu Wattâb y al agüelo tu agüelo, Abu 'Atef, por el Profeta!

- No, Otmân, te juro que mearrepentío.

- Desembucha, viejo, que yo no voy a echarte na en cara; venga, larga, que como digas una mentira, por el Secreto e la Dama[1], que te retuerzo el pescuezo y te lo rebano.

- Vale, Otmân, pos me pongo a ello. Y porque has jurao por la Dama, quiero ser franco y diresto contigo. La verdá es que yo ando metío en el curro e siempre. ¡Qué quieres! ¡D'algo hay que vivir!

- D'acuerdo. Pero ¿por qué llevas un parche en to el ojo?

[1] Ese es el único juramento que Otmân considera vinculante. El "Secreto" es el lugar místico que une al iniciado con Dios.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Ah, eso, mejor no me lo preguntes, *osta* Otmân.

- ¡Por el Profeta, que me lo vas a contar!

- Pues bueno, Otmân, figúrate que antinoche se m'ocurrió visitar a un tejedor, trepando por el muro; por aquello de ganarme un poco la vida y d'afanar dos o tres cosillas de ná. Así que me metí en la casa, y all'adentro estaba to negro como el carbón. Empiezo a tantear a derecha y a isquierda, y acabo por encontrar un baúl de ropa, m'acerco p'abrir la cerradura, y mia tú por donde qu'el tejedor había dejao la lanzaera encima el baúl; yo voy, m'agacho pa ver aonde andaba la cerradura y me topo con la lanzaera, que m'atraviesa to el ojo. Salí por piernas como un patán, y luego me puse este parche n'el ojo. Pero me dolía tanto que no podía ni quedarme en casa, así que me he marchao a dar una vuelta pa refrescar la sesera, y aquí me tienes.

- Ya veo. Pero entonces, dime, ¿cuándo t'ha pasao to eso? ¿Por qué has venío aquí a poner una denuncia?

- ¿Denunciar qué?

- Anda, ¡pues lo de tu ojo!

- ¿Y tú crees qu'eso pué salir pa lante?

- ¡Pos claro que sí, mi viejo! ¿Es que no'stás al tanto que yo soy el segundo sekertario pa las demandas? Bueno, ¿y cómo se llama el tipo e la casa en la que t'has reventao l'ojo?

- Es el Hâŷ Mohammad, el tejedor.

- ¿Y aónde vive?

- N'el Zawîleh, n'el Qutb El-Metwalli.

- Vale, ¡marchando p'allá muchachos y traérmelo pa cá!

Poco después volvieron con el tejedor y se lo llevaron ante Otmân.

- Aquí me tienes, a tus órdenes, Flor de Truhanes del Cairo –dijo.

- ¿Sabes de qué va to esto?

- No, Otmân, ¿qué es lo que pasa?

- Pasa que l'has reventao el ojo a este compadre, y que t'ha puesto una denuncia.

- Pero ¿qué cuento es ese, Otmân? ¡Yo no sé nada de eso!

- ¡Sí, ya sé que no'stás al corriente!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pero, entonces, ¿cómo es posible?

- Este pobre tío se fue ayer pa mangarte unas cosillas, cosa e venderlas pa comprar pan pa sus críos. Quiso abrir el baúl de la ropa, y como tú habías dejao la lanzaera encima, al agacharse pa mirar, se le clavó en el ojo.

- ¡Pues le está bien empleado! –gritó el tejedor-. Pero hombre, ¿qué le obligó a entrar en mi casa?

- Pero bueno, ¡con qué me vienes tú ahora! –repuso Otmân-. Pues obligao por fuerza, ¿no ves qu'él no tié ni un céntimo, y que tié que currar pa vivir, y que su curro es ese? Entró justo por aquello de hacerse con un poco trigo p'alimentar a su familia, y tú, tú vas y le pones la lanzaera; ¡a ver, dime por qué, eh, piazo cornúo!

- Estooo, oye, Otmân, ¡¿pero es que también quieres que corra trás él para decirle que entre en mi casa y se sirva a su gusto?!

- ¡Escucha tú también, listillo! Amigo, t'he dicho que no tié un duro, y que necesita pa comer. ¿No querrás que se muera d'hambre?

- ¿También tendré que mantenerle o qué? No tiene más que ir y ponerse a trabajar.

- ¡Pero si es que su curro es ese; no sabe hacer otra cosa!

- Eh, ¿y qué puedo hacer yo? De entrada ¿qué es lo que quiere?

- Pos pide que yo te reviente un ojo, igual que tú l'has reventao el suyo.

- Pero, Otmân, escucha –dijo el tejedor que ya comenzaba a alarmarse-; él entró a robar, es el Buen Dios el que le ha castigado, ¿qué quieres que yo le haga?

- Sí o no: ¿es que to eso no ha pasao en tu casa? –preguntó Otmân impasible.

- ¡Te lo suplico, Otmân, ten piedad de mí!

- ¡Pero no chilles tanto, van a creer que t'estoy maltratando!

- Ah, ¿es que no me estás maltratando?

- ¡Cierra el pico, amigo, no blasfemes!

- ¡Pero qué dices! ¿Blasfemo yo?

- Mira, ¿no ha dicho el Señor: "Ojo por ojo"?

- ¡Pero es que yo; yo necesito mi ojo!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Apáñatelas como puedas! Esa es la palabra el Señor.

- ¡Me acojo a tu protección, Flor de Truhanes! ¿Pero tú te das cuenta del perjuicio que nos vas a ocasionar, a mí familia y a mí? Yo sólo tengo mi oficio para vivir, y necesito mis dos ojos para trabajar. Mira: cuando tiro la lanzadera así, ¡hop! la sigo con mi ojo derecho, y luego, cuando la devuelvo para acá, ¡hop! la sigo con el izquierdo. Sin mis dos ojos ¿cómo quieres que lo haga?

- ¿Y qué quiés que te diga? –respondió Otmân con una calma olímpica-. El Señor ha dicho: "Ojo por ojo". Pos arréglatelas como puedas; yo no quiero saber ná.

- Vale, escucha –sugirió el pobre hombre desesperado ante tal despropósito-. Si lo que quieres es un ojo, no tienes más que ir, y coger el de mi vecino.

- Tiés razón, compadre, en el fondo, tu vecino es tan culpable como tú… Y… ¿qué's lo que hace pa ganarse la vida ese vecino?

- Es cazador.

- Estupendo, perfesto, ¡por el Profeta! –exclamó Otmân con una sonrisa de oreja a oreja-. ¡Él con un ojo pué salir bien parao! ¡Un cazaor, cuando apunta, cierra un ojo, tal que ansí! Pos vale, entonces arreglamos cuentas, en tó caso a lo peor tú le tiés que pasar unas piastras como compensación por su ojo. De tos modos, un ojo no lo necesita. ¡Bueno, muchachos –continuó-, id a buscarme al tipo ese, al vecino!

Poco después, el cazador estaba ante Otmân.

- A ver, amigo –comenzó este último-, este tipo, el Hâŷ Mohammad, el tejedor éste, ¿es verdá qu'es tu vecino? ¿Vivís pared con pared?; vamos, que si el muro e su casa da al muro e la tuya[1].

- Sí, señor, y es un buen vecino. ¿Qué es lo que le ha pasado?

- Mira a ese tipo d'ahí –prosiguió Otmân, señalando al ladrón.

- Sí, y qué…

- Pues que se metió por los tejaos en la casa e tu vecino el Hâŷ Mohammad –sí, de hecho, es un ladrón mu profesional-. Así qu'entró aonde tu vecino. Y güeno, pos tu vecino, había apagao la lámpara. Éste, como t'he dicho, había ido pa robar alguna cosilla. Güeno, que necesitaba ver un poco p'abrir el baúl y afanar la ropa, ¿no?

- Uy… claro… -farfulló el cazador, completamente perdido.

[1] Esa precisión no es superflua: eso permite establecer que el tejedor tiene "un derecho de vecindad" sobre su vecino; en el Derecho Musulmán, los vecinos se deben ayuda y asistencia, sobre todo en caso de agresión; pero esta obligación, como es lógico, no abarca a contingencias tan surrealistas como las presentes.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Espera un poco, escúchame bien –prosiguió Otmân imperturbable-. Así que fue y metió la mano en el baúl. Y resultó que el baúl estaba cerrao. Entonces él va y s'agacha pa ver aónde anda la cerradura, ¡pero mia tú por donde, tu vecino s'había dejao la lanzaera encima el baúl! Resultao; al agacharse -¡y cuidao, qu'es de noche y, como t'he dicho, está to oscuro!-, pos eso, que al agacharse su ojo se topa con la lanzaera y se lo revienta. Y claro, el muchacho, ha venío a verme pa poner una demanda. Se ha interrogao a ese tipo, a tu vecino, y se le ha dicho:

- Este tipo ha perdío un ojo en tu casa, ansí que hay que reventarte a ti otro; porque el Señor ansí lo ha dicho; pero tu vecino, el tejeor, no'stá d'acuerdo y ha dicho: "Soy un tejedor, ¡qué le vamos a hacer! y yo no puedo trabajar sin un ojo". Entonces t'he mandao a buscar pa reventarte un ojo en lugar del de tu vecino. ¡Y eso es tó!

- ¡No, pero eso no es posible, Otmân! –gemía el desgraciado-. ¿Quién ha oído nunca nada parecido? ¿Pero qué es lo que yo he hecho?

- ¡Amigo, no digas burradas! Tú estás implicao en el crimen de tu vecino, está claro.

- ¿Ah, sí? ¿Y quién dice eso?

- ¡Escucha, maldito cabrón, no blasfemes! Porque eso… eso es pena e muerte… ¿No ha dicho el Profeta que los vecinos tenían obligación d'ayudarse entr'ellos? ¿O es que ese tipo quizá no sea tu vecino?

- No –dijo el cazador, arriesgando el todo por el todo-. No, yo no le conozco, y él tampoco me conoce de nada; además, jamás ha puesto los pies en mi casa.

- ¡Mientes, cerdo, cabrón! ¡Muchachos, agarrarle!

- ¡Te lo suplico, Otmân! –gemía el cazador, espantado- ¿Pero qué quieres hacerme?

- ¡Pues qué va a ser; sacarte un ojo! Éste d'aquí es tu vecino, vivís tan al lao que con una voz que os deis, os basta; tú tiés un deber pa con él de ayuda y auxilio. Después de tó, pa un cazaor, tener un solo ojo, es más prático.

El cazador, viendo que Otmân no le iba a soltar así como así, igual que una moneda falsa de la que uno nunca consigue desprenderse, recurrió a un ardid desesperado.

- Bueno, entonces, ¿de verdad que es indispensable?

- ¡No te vas a librar!

- En ese caso, sólo te pido una cosa: dame un momentito que te cuente una historia muy rara que me ha sucedido. Después, haz lo que mejor te parezca.

- ¿Y cuál es esa historia tuya? –preguntó Otmân, interesado.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pues bien, figúrate que ayer tuve un sueño…

- Ah, ¿tuviste un sueño? Pues eso es una buena señal, es un buen augurio, yo diría que hasta mu, mu bueno… ¡Bueno, venga muchachos, agarrarle y sacarle un ojo!

- Eh, despacio, despacio, ¡que todavía no he acabado!

- De acuerdo, de acuerdo; está bien, está mu bien, está pero que mu, mu requetebién, y to lo que tenga que llegar, llegará del buen Dios. Bueno, venga muchachos, ya hemos perdío mucho tiempo, traerle p'acá.

- Pero amigo, ¡si sólo te he dicho que he tenido un sueño! Espera un poco que te cuente bien todo.

- Bueno, entonces ¿qué es lo que viste?

- Pues mira, Otmân, ayer, imagínate que me cené unas judías[1]. Así que me las ceno, me voy a acostar, me duermo… Y entonces, me pareció que mandabas a buscarme, que me presentaba delante de ti, y que allí estaba también mi vecino el tejedor…

- Anda ya, cacho imbécil –le interrumpió Otmân-, ¡cómo t'atreves a hacernos personajes de tu historieta! ¡Que la peste te envenene!

- ¡No, no, Otmân, no eras tú; era alguien que se te parecía, y que llevaba un turbante como el tuyo!

- ¡Entonces de acuerdo, por el Profeta! No faltan Otmânes en el mundo.

En resumen, el cazador le contó toda la historia que acababa de vivir, del principio al fin. Otmân estaba con la boca abierta.

- ¡Por el Profeta! –exclamó-, ¡es justo lo que nos ha pasao! Venga coño, espabila.

Al ver que había conseguido apaciguar la desconfianza de Otmân, el cazador se puso a gritar a pleno pulmón:

- ¡A mí, emir Baïbars, me pongo bajo tu protección!

- Eh, amigo –repuso Otmân-, no chilles así, que el soldao se va a creer que t'estoy maltratando.

Pero el otro continuó como si nada:

[1] Esta precisión es una auténtica bufonada: las judías, un plato muy indigesto, se considera que producen pesadillas absurdas y sin ningún valor. En el universo mental de esta Saga, la creencia de que existen sueños premonitorios, mensajes procedentes del Mundo de lo Secreto, viene acompaña de criterios extremadamente estrictos, que permiten distinguir a estos de los sueños ordinarios; así pues, un sueño que se ha tenido en la noche del jueves al viernes, en estado de pureza ritual; si se repite, tiene un valor particularmente elevado.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡A mí, emir Baïbars, apiádate de mí!

Al tercer grito, apareció Baïbars.

- ¡Que Dios te maldiga, mala bestia! –gritó Otmân-. ¡Con que era eso lo que tu sueño quería decir!

- ¡*Bora*[1] Otmân! –gritó Baïbars-, que había llegado a todo correr.

- ¡Hola, soldao! –le espetó Baïbars, con aire inocente-. ¿Qué buen viento te trae por aquí?

Baïbars miró alrededor; la sala estaba llena de gente que estaba montando un escándalo mientras gritaba:

- ¡Justicia, emir Baïbars!

Entonces Baïbars preguntó al cazador, que le contó su desgracia. En esto, fueron llegando todos los demás demandantes: el tratante de borregos kurdo, el joven huérfano, el imâm de la mezquita, que venían a exponer sus quejas.

- Pero bueno, Otmân, ¿qué es todo esto? – preguntó Baïbars que había empezado a ponerse nervioso.

- Esto… ¡esto es la justicia, soldao! –respondió Otmân de un aire muy satisfecho-. ¡Y na de descutir mis decisiones, ¿eh?! Yo soy el sekertario las demandas como tú, somos *kif-kif*[2].

- Que Dios otorgue a nuestro señor, el sultán larga vida –interrumpió el imâm-. Otmân ha usurpado tus funciones y ha extorsionado a todos los que venían a depositar una demanda.

- ¡Desgraciado! ¿Pero qué has vuelto a hacer? –gritó Baïbars.

- ¡Anda éste, pos qué voy a hacer; pos cobrar los derechos de registro! –respondió Otmân en tono apacible.

Baïbars metió la mano en su bolsillo y le dio al sheyj unas monedas; pero aquello no fue suficiente para aplacar a toda la gente.

- ¿Por qué sólo a él? –reclamaron los otros-. Otmân no sólo le ha despojado a él de su dinero.

- ¡A mí me ha dado setenta bastonazos! –decía uno.

- ¡Y a mí, cuarenta! –añadía otro-. Y se me ha quedado con cincuenta *paras* bajo cuerda!

[1] En turco "¡Aquí!"
[2] Expresión vulgar árabe que significa "somos iguales"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En fin, que Baïbars se vio rodeado de un concierto de recriminaciones; de todas partes, las quejas caían sobre él, duras como granizo. Completamente desesperado, sacó su *lett* gritando:

- ¡*Bora* imbécil! ¿Pero quieres que nos maten, o qué?

Pero Otmân no le había escuchado, y de un manotazo se quitó el manto y el turbante y se puso a salvo gritando:

- ¡Bueno, bueno, amigo, yo dimito!

- ¡Qué tarado! –gruñía Baïbars, sin poder atraparle.

Baïbars abrió el cofre, y vio que bien podía haber unas setenta demandas, que se fue a llevar de inmediato ante el rey.

El rey estaba justo en ese momento diciendo a su visir:

- ¡Allah, Allah, el Eterno, Hâŷ Shâhîn, *Mâ shâ Allah*! ¡La suerte de Baïbars repercute en todo el país! Desde que se le ha nombrado secretario de las demandas, nadie ha venido a quejarse ante mí, ni a protestar, y ya ves, no tenemos nada que hacer.

- *Efendem*, es posible que la gente se haya hecho más bondadosa.

En ese preciso momento, entró Baïbars, llevando el cofre.

- ¿Qué traes ahí, hijo mío? –preguntó el rey.

- Efendem, denuncias, reclamaciones y demandas.

Las sacó del cofre y las registró en el diwân.

- ¿Qué pasa, Baïbars? –preguntó el rey-. Justo acabábamos de decir que eras un buen muchacho y que no nos recargabas de trabajo, cuando nos traes todas estas reclamaciones de golpe?

- *Efendem*, ¡que Dios te otorgue larga vida! No lo hice a propósito; la causa es ese tarado de Otmân.

Y le contó toda la historia, con la que el rey se divirtió de lo lindo.

- Ese hombre está bendito por Dios –dijo el rey-; por Su Gloria; no le regañes demasiado, de él sólo te llegarán cosas buenas.

El rey se puso a examinar las peticiones e impartió justicia a satisfacción de todos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

FIN

Próximo episodio...

6 – El misterioso Yauán

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6